

plicito propósito del Presidente) y, al mismo tiempo, la constante presencia de representantes no sólo de las grandes ciudades sino también de las pequeñas donde enseñan —a veces heroicamente— muchos profesores de inspiración católica: Estuvieron representados Bahía Blanca, Río Negro, Mercedes (Buenos Aires), Lomas de Zamora, Capital Federal, Pergamino, Gualeguaychú, Venado Tuerto, Rosario, San Nicolás, Río Cuarto, Canals, Oliva, Córdoba, Villa María, Villa Mercedes (San Luis), La Cumbre, Mendoza, San Rafael, San Juan, Salta; también se recibieron comunicaciones de Uruguay, Brasil, Paraguay, España e Italia.

La expansión del movimiento no sólo en la Argentina sino también en Iberoamérica es ya evidente. De ahí la importancia capital que tiene la publicación de las Actas, ya que un Congreso cuyas Actas no se publican, no existe. Felizmente, como en el caso de los Congresos anteriores, en pocos meses más, aparecerán en el volumen XI de la revista *Filosofar Cristiano*, que dirige el doctor Caturelli, y cuya misión principal consiste, precisamente, en la edición de los trabajos de los Congresos Católicos Argentinos de Filosofía.

A. C.

IN MEMORIAM - ERNESTINA A. DERISI

Con motivo del fallecimiento de la Prof. Ernestina A. Derisi, hermana del Director de "Sapientia", reproducimos la nota que publicó el diario "La Nación" el 30-XII-87, y el discurso de la Prof. Lía Nelly B. de Toia en el sepelio.

La docencia y la cultura, la religión y la asistencia al desvalido tuvieron en la profesora Ernestina Angélica Derisi no sólo una figura de excepcional relevancia, sino una evidencia permanente del esfuerzo al servicio del prójimo.

Nacida en Pergamino, de familia radicada desde largo tiempo en la zona, ejerció la docencia en colegios nacionales y comerciales, fue directora de la Escuela Nacional de Pergamino, organizó la Cooperadora y contribuyó a la construcción de la parroquia de Nuestra Señora de Luján.

Fue catequista de la parroquia de Nuestra Señora de la Merced, donde fundó una escuela de capacitación para niñas de escasos recursos, y fue vicepresidente del Hogar de Jesús.

Mujer de amplia cultura, acompañó a su hermano, monseñor Octavio Derisi en varios congresos de filosofía, en los que participó activamente.

Integrante de una familia vastamente conocida y apreciada en Pergamino, alternaba con sus hermanos, entre los cuales se contaban abogados, médicos y dignatarios de la Iglesia, acrecentando de esa forma sus vastos conocimientos y el esforzado ejercicio de la caridad, circunstancia que le granjeó el respeto y el cariño unánimes.

En algunas ocasiones se conversa —con aparente ligereza— sobre los hechos que realmente son fundamentales en la vida y se planifica sobre ellos hasta en tono informal, aunque cada uno sabe cuanto hay de significado profundo en lo que se habla. Así, una vez, pactamos algo con Ernestina. Me toca a mí el cumplir con lo acordado y, al hacerlo tomo conciencia de que será mi partida la que tendrá la soledad y el silencio de su palabra.

Sé que cada uno de nosotros desearía no prolongar esta despedida tan dolorosa pero sé, también, que comprenderán que debo ser leal a mi compromiso. Decir adiós a quien tanto se ha querido es una carga muy pesada, pero es una flor que le ofrezco en nombre de la amistad, de la labor común, de las horas vividas, de los principios compartidos. Siento a muchos de ustedes en mí y por todos me expresaré.

De la vida de una persona quedan sus testimonios pero, fundamentalmente, quedan sus testigos. ¡Cuántos y en cuántos medios lo somos de Ernestina! En el hogar familiar, en ese su reino pleno, de entrega sin pausa a los suyos, fieramente queridos y protegidos. En su Parroquia, depositaria de tantos registros de su alma, los pastores que la guiaron y confortaron, los fieles que la conocieron y los compañeros de la incansable labor parroquial. En las escuelas, los alumnos que no la olvidaron, los maestros que la admiramos, los padres y vecinos que la honraron. En las sociedades de bien público sus colegas en el esfuerzo y los receptores del beneficio comunitario. Y en toda esta ciudad en la cual nació y vivió y en donde sembró palabra y gesto sin límites de a quién, ni en dónde, ni cuándo. A esa siembra no podía corresponder sino una cosecha: esa vigilia de tantos acompañando con dolorosa impotencia su prolongada y tan sufrida enfermedad; esa cadena de personas comunicándose cada día con su nombre al iniciarlo; esa comunidad en oración esperanzada; componiendo todos un desfile de los sentimientos más profundos que puedan ofrecerse a una persona...

Se que alguna vez reflexionó, siguiendo una humana lógica, sobre la posible soledad de sus últimos días, considerando que sería ella la que ayudara a bien partir a sus allegados. El Señor dispuso todo lo contrario, rescatándola de toda carga, de todo dolor futuro en este mundo. Rodeada por su amada familia, confortada por sus pastores y entre ellos su hermano-amigo, consagrado al Señor, a quien tanto admiró y acompañó con fraternal fidelidad, tan unidos en el orden familiar como en los sentimientos; alimentada por los Sacramentos, acompañada por sus amigos, apoyada por lo que la ciencia y sus servidores pueden ofrecer, sostenida por la oración de tantos, lejanos y cercanos. Ahora, su prueba física y moral ha terminado. Purificada por el dolor y desatadas ya las amarras, su alma podrá presentarse transparente ante su Creador.

Reseñar la labor cumplida por Ernestina no es tarea fácil. Trataré de decir que su actividad como docente cubrió tres largas décadas, desarrollándose entre la inocencia de la infancia como maestra de grado en la Escuela Láinez Nº 41 del Barrio Progreso y cuya Dirección ejerció al término de su carrera y entre la bulliciosa adolescencia, como profesora de Religión y luego de Geografía en el Colegio Nacional y en la Escuela Nacional de Comercio de Pergamino. Docente por esencia, por vocación y por formación. No podía ser de otra manera, siendo rama de una familia consagrada al servicio de la educación argentina. Su presencia estuvo siempre viva en los medios en los cuales se desarrolló su docencia. Fue el arquetipo de la educadora. Dueña de una personalidad desbordante y dotada por la naturaleza con una inteligencia brillante, una capacidad inagotable y una fuerza de luchadora sin claudicaciones,

imprimió a su tarea un estilo tal que la transformó en ejemplo. Pero todo este servicio como educadora sólo fue parte de un servicio mayor. En el recordatorio de su jubilación hizo imprimir estas palabras: "Por EL, con EL y en EL", las mismas palabras que pronuncia el sacerdote al elevar las especies consagradas, marcando el momento solemne de la liturgia. Compromiso de Fe, principio de vida. Así lo entendió y así lo cumplió en donde estuviera. Misionera sin descanso; labró, sembró y cosechó para el Señor. Los registros de esa labor son innumerables. Desde todas las asociaciones parroquiales: Catequesis, Acción Católica, Hijas de María, Apostolado de la Oración, Cofradía de Ntra. Sra. de Luján, Talleres, Clases de Cocina y tantas otras. Pero no sólo en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Merced, la primera entre sus hermanas. En todo lugar, allí donde latía una iniciativa que proyectara la presencia de su amada Iglesia Católica, allí estaba, poniendo esfuerzo, entusiasmo, experiencia y caridad. Y fue la escuela también el marco de esa catequesis. ¡Cuántos niños fueron confiados al encuentro de los Sacramentos llevados por su mano! Muchos de ellos, hoy hombres y mujeres de bien, siguen agradeciéndole el camino que les señalara y prolongan su misión, imitándola.

¿Y el tiempo para la familia, para la amistad, para otras forms de servicio al prójimo? Duplicaba las horas y los días. Sólo así pudo estar como estuvo, con todos, para todos y en todo. No creo que haya nadie aquí que no recuerde su presencia, su palabra y su gesto, acompañándole en el dolor o en la alegría. Cuando nuestros teléfonos no suenen, cuando sus lágrimas no acompañen las nuestras, cuando no veamos su sonrisa en la alegría, cuando no ponga en nuestras manos el presente generoso... entonces, recién tendremos la medida de su ausencia física. Personalmente y egoístamente sentiré el vacío de la amiga-hermana, de la consejera con el corazón abierto para cobijarme, de su calor de madre para mi hija, de abuela para mis nietos y de amiga dilecta de mi familia toda, allí donde estuviera.

Si así siento yo y tantos otros ¿qué podrían decirnos los miembros de su familia, de esta familia pergaminense cuyos frutos han sido tan valiosos...? De esta querida y respetada familia a quien no podemos sostener como debiéramos en esta prueba porque nos sentimos doblegados —también— por la pena.

San Agustín nos ha dejado una bellísima oración que inicia así: *¡No lloréis si me amábais...!* Perdónanos, Ernestina, si no podemos retener la lágrima; si no podemos elevarnos, espiritualmente como el Santo para oírte decir: "Volveréis a verme, pero transfigurada y feliz, no ya esperando la muerte sino avanzando con vosotros por los senderos nuevos de la Luz y de la Vida, bebiendo —con embriaguez— a los pies de Dios un néctar del cual nadie se saciará jamás".

Danos tiempo, querida amiga. Cuando tu memoria se acompañe con una sonrisa y el recuerdo de tu respuesta rápida, aguda y certera nos sorprenda todavía; cuando sintamos tu empuje y nos envuelva de nuevo tu calor, recién entonces habremos vencido nuestra debilidad humana.

Humildemente nos inclinamos ante la voluntad de Dios que ha querido llamarte en su Día y en otro "13", como lo hizo con tus amados padres. Sabemos que, maternalmente conducida por la Santísima Virgen, llegarás a su presencia con tus manos colmadas de ofrendas, para gozar de su Reino y ocupar un sitio entre sus Elegidos y para seguir velando, desde allí, por todos los que te conocimos, te quisimos y te agradecemos.

¡Que tu alma descanse en Paz!